

La ciudad Fortuñista y la lógica de la hiper planificación

por Deepak Lamba Nieves

La reyerta que se armó hace más de un mes en la Avenida Universidad, entre la juventud que pulula por la ciudad universitaria y las fuerzas policíacas, ha propiciado denuncias, marchas, repudios hacia ambos bandos y hasta propuestas de política pública. No es para menos. Cuando el estado abanica su macana por las calles, para imponerse sobre lo que considera son desagavios contra el orden establecido, son pocos los que salen ilesos. El abuso policiaco y el retorno a la política de *mano dura* contra la criminalidad demuestran la incapacidad de los gobiernos de turno (municipales y centrales) para armar un proyecto sensato de gobernabilidad con relación al espacio y confirma lo evidente: lo poco que tenemos de ciudad, y de manifestaciones de vida urbana, resulta ser problemático, y hasta amenazante, para los que ostentan el poder político en Puerto Rico. Ciertamente, hay un proceso de retroalimentación que agrava la situación: la lluvia de medidas punitivas (despidos, impuestos, desmantelamientos, desalojos, etcétera) y la decisión de seguir pasando el rolo sin mirar hacia atrás, se topan con reacciones ciudadanas que, en los ojos del estado, hay que acallar con dos o tres palos —y a veces, tiros.

Algunos se preguntarán qué significan *vida urbana* y *ciudad* en un país donde los espacios públicos más utilizados son las vías de rodaje, los aparcamientos, los residenciales y alguno que otro parque al que se accede por automóvil. Casi siempre, los que se quejan de que nuestras zonas urbanas son un gran *parking* amarrado a un centro comercial comparan nuestros paisajes con los de Barcelona, la ciudad de Nueva York, San Francisco o París, los referentes urbanos *par excellence*. Indudablemente, si comparamos al Viejo San Juan con el Barrio Gótico, o al Condado con NoLita, las muestras boricuas son meras migajas ciudadanas. Si bien las comparaciones son injustas—pues el andamiaje histórico e institucional que les abrió paso a las grandes urbes es difícil de replicar—igualmente lo son los comentarios que caracterizan a nuestros conatos de ciudad como *no lugares*, e invitan a pensar que la solución se logra con dos o tres aplanadoras, un buen tanque de kerosén y un *lighter*.

Río Piedras, al igual que otros centros urbanos en Puerto Rico, está deteriorado, de eso no hay duda. Negar esto equivale a tapan el cielo con la mano. Pero detrás de los solares baldíos, de la peste a orín, de los hoyos en las aceras y carreteras, de las construcciones que no acaban y de la desolación nocturna, hay un enclave importante donde muchos han encontrado refugio (literal y metafórico). Allí

han ido a parar dominicanos, árabes, profesores acomodados, jóvenes estudiantes que estiran la beca federal de la mejor manera, y otras almas proletarias en pena. Con este comentario no me interesa celebrar al *ghetto* o dibujar un cuadro romántico, pues allí son muchos los que sufren, y también se reproducen muchos problemas socioeconómicos que deben criticarse y atenderse. Más bien, quiero combatir la idea de que estos destinos destaralados son *no lugares*, pues es un concepto que fácilmente les sirve de coartada a los gobernantes de turno para apabullar y atropellar a los residentes de barriadas, de los resquicios y terrenos *okupados*. Aunque en muchos de estos lugares la transitoriedad y los arreglos informales son parte de la dinámica cotidiana, allí se respiran unos vahos penetrantes y se escuchan fuertes sonidos de velloneras de *colmadón* que nos dan cuenta de que existe un tren de vida que les imprime una identidad particular. Las autopistas, los cuartos de hotel y los supermercados que sirvieron de inspiración para la idea del *no lugar* en los ensayos de Marc Augé, están muy lejos de estos destinos.

A menos de un año de haber tomado las riendas del potro salvaje, la administración de Luis Fortuño ha armado una política de saneamiento y desarrollo espacial que tiene dos vertientes principales. Por un lado, se busca eliminar las diversas manifestaciones de informalidad mediante el desplazamiento, la reubicación y la imposición de reglas, a la cañona, que tienen poco que ver con la solución a los problemas de los desposeídos y mucho que ver con el avance de un falso sentido de formalidad, donde triunfan los planes de urbanizaciones cerradas y las propuestas de cero tolerancia. Por otro lado, intenta darle un empujón a la economía mediante la lógica de la nueva construcción, la renovación urbana y los pcos de crecimiento. En papel, estos esfuerzos pro desarrollo aparentan ser idóneos. No obstante, en la práctica, la cosa es muy distinta. Basta recordar la trastada de Jorge Santini hacia las comunidades del Caño Martín Peña, los planes para Río 2012, la forma en que se ha atropellado a Villas del Sol, el *such is life* de Jaime González y, cómo no, la propuesta para eliminar de golpe y porrazo al residencial Luis Lloréns Torres para construir el *Puerto Rico Amusement and Theme Park* bajo la lógica de las alianzas público-privadas.

Más que un retorno a la era de la *mano dura*, o de *manos a la obra*, lo que se palpa es un claro intento por redefinir el derecho a la ciudad, aquello que Henri Lefebvre consideró un recurso fundamental: el derecho a que existan espacios de

encuentro, lugares donde se pueda armar una vida en ciudad y se confeccionen respuestas a las políticas de planificación elitistas y antiurbanas del estado. En el caso de la administración actual, el proyecto de redesarrollo se destaca por acabar con ciertos estorbos y enemigos: la densidad, los asentamientos improvisados y los más desdichados (entiéndase los pobres, los inmigrantes y las personas sin títulos de propiedad, aquellos que Cheo Madera considera crámulas y garrapatitas). En otras palabras, atrás quedó el discurso de la estadidad para los pobres: esta es la era de la estadidad para los menos pobres.

Elaborar propuestas atinadas para atender los problemas de lugares como Río Piedras no es algo fácil. La mayoría de las veces, la revitalización de áreas en deterioro requiere de un coctel de iniciativas: desde la atracción de nuevos capitales y residentes, hasta el control de ciertas parcelas para el desarrollo de vivienda asequible y la zonificación inclusiva. Para estos asuntos no existen libretos prefabricados y mucho menos soluciones rápidas. No obstante, algo sí queda claro en el caso de Río Piedras: contrario a las opiniones de algunos líderes, los planes están de más—al menos aquellos que se caracterizan por trazar reglas, códigos, multas y directrices de cómo se debe ordenar la vida en el territorio.

Para muchos en Puerto Rico, “la planificación” es ese algo que necesitamos, una especie de acto mágico que se supone resuelva el reperpero en el que vivimos y nos traiga el orden, el progreso y, por qué no, una ciudad de verdad. Desde hace mucho tiempo, está de moda hablar de la planificación como si fuese un ejercicio preciso donde se elaboran fórmulas y modelos cuantitativos que determinan cuántas casas hay que construir, los trabajos que tienen que crearse, las calles que tienen que pavimentarse y los árboles que deben sembrarse, entre otras cosas. Según el mito, una vez las cifras se han calculado, pasamos a redactar el plan: ese gran documento que contiene los mapas y las directrices que nos harán felices, impondrán el orden y promocionarán el ascenso de nuestra *gauche divine*. Contrario a lo que se comenta a bocajarro en Puerto Rico, en la isla sí se planifica, y bastante. Sucede que el tipo de planificación que se confecciona incentiva el crecimiento de suburbios, la expansión de autopistas y criminaliza ciertas prácticas de supervivencia. La colección de estudios y planes que se han preparado, desde mediados del siglo XX, para llevarles el desarrollo a los municipios y corregir las fallas en modelos de desarrollo, es kilométrica. Desde las Leyes de Indias de los monarcas españoles, hasta el nuevo Plan Integral de Desarrollo Sostenible de Puerto Rico propuesto por la administración de Luis Fortuño, la historia de la planificación en Puerto Rico cuenta con un caudal de propuestas que manifiestan los deseos y las ideologías de las administraciones de turno.

Algunos dirán que los planes sobran, pero lo que falta es voluntad, arrojo, implementación,

disciplina y otras cosas más que la charlatanería colectiva que impera en el país se ha encargado de opacar. Este argumento tampoco me convence. A pesar de que el *free for all* es parte de nuestra tradición de administración pública, más cierto resulta el hecho de que muchas propuestas llegan a implementarse, a veces sin pensar en las consecuencias ni tomar en consideración lo que se ha logrado previamente. No me tome la palabra, saquen las cabezas por las ventanas de sus apartamentos o salgan de sus urbanizaciones para comprobarlo. Mejor aún, vayan a Río Piedras y caminen por Santa Rita, la Avenida Universidad y la zona alrededor de la Plaza de Convalecencia. Por esos lares se ven las cicatrices de las suturas urbanas mal administradas.

Hace un tiempo, mis estudiantes de Urbanismo realizaron una breve investigación y encontraron lo siguiente: al menos 5 códigos y reglamentos distintos rigen el desarrollo en el área del casco de Río Piedras. En un afán por reglamentar, por echarle mano al asunto, por decir que algo se estaba haciendo, por sacar ventaja con algunos desarrolladores, por joder al oponente político, por sacar ventaja electoral para aspirar a la gobernación y por pura incompetencia, los alcaldes, alcaldesas y sus secuaces se han encargado de sobre planificar el área. ¿Y quiénes se benefician del desfase, las contradicciones y la incertidumbre?: los buscones. Aquellos que saben navegar el sistema con sus buenos abogados y hábiles gestores. Los que se las ingenian para armar un proyecto de *walk ups* en una calle de casas terreras porque el código que trajo la construcción del Tren Urbano se los permite. En su afán por imponer un orden, por saciar la sed de los creyentes, la planificación ha terminado fomentado la bayoya.

Ciertamente, no todos los ejercicios que se hacen llamar “de planificación” tienen esa marca de Caín (o el logo de la firma Estudios Técnicos) que llevan los esfuerzos oficialistas. Se han redactado buenos planes a nivel comunitario—y algunos bastante chapuceados—pero son los menos, por mucho, y también corren el mismo riesgo que los otros si se enfocan más en reglamentar que en repensar. Como muy bien pueden dar fe los vecinos del Caño Martín Peña, la redacción de un plan no corrige injusticias; a veces sólo las pone de relieve. La clave no está en lo que absorba el papel, sino en lo que aguante la comunidad. Cambiar el orden espacial establecido requiere confrontación y embarre, intelectualidad y sensibilidad. No se trata de armar un piquete y luego retirarse a ver qué pasa. Hay que pulsar un rato, sentarse en la mesa con ideas sensatas, negociar asuntos, olerle el tufo al alcalde, reclamar el derecho a la ciudad, y hasta tener el valor de decir: “No, aquí no hace falta más planificación”.

The *Fortuñista* City and the Logic of Hyperplanning

The quarrel between police forces and young people swarming around the university campus, which took place more than a month ago at Universidad Avenue, has fostered complaints, marches, feelings of repudiation towards both sides, and even public policy proposals. It's understandable. When the Government shows off its billy clubs on the streets, in order to impose itself upon what it considers to be an offense against the established order, very few come out unharmed. Police brutality and the comeback of tough-on-crime policies demonstrate the inability of acting governments (both municipal and central) to develop a reasonable, space-related governance project, thus confirming the obvious: having almost no city or urban life manifestations is troublesome and even threatening for those who hold political power in Puerto Rico. Sure enough, there is a feedback process worsening the situation: the avalanche of punitive measures (dismissals, taxes, dismantlements, evictions, etc.) and the decision to crush people without looking back collide with citizen reactions that, in the eyes of the Government, must be silenced with a few blows and sometimes even gunshots.

Some people may ask themselves what *urban life* and *city* mean in a country where the most commonly used public spaces are roads, parking lots, housing projects, and a few parks which are accessible by car. In most cases, those who complain about our urban areas being a huge parking lot attached to a shopping mall compare our landscapes to those of Barcelona, New York City, San Francisco, or Paris, urban models *par excellence*. Surely, if we compare Old San Juan to the Gothic Quarter, or Condado to NoLita, Puerto Rican examples are mere city scraps. Although comparisons are unfair – since the historical and institutional underpinnings that made way for large cities are very hard to repeat – so are the comments that characterize our attempted cities as *non-places*, while inviting us to think that the solution can be found in a couple of road rollers, a kerosene tank and a lighter.

Río Piedras - as well as other Puerto Rican town centers - is deteriorated, there's no doubt about that. To deny this would be like burying one's head in the sand. However, behind the wasted

building lots, the smell of urine, the holes on boardwalks and roads, the never-ending constructions, and the nights' desolation, there is an important enclave where many have found refuge (both literal and metaphorical). Dominicans, Arabs, relatively well-off professors, young students stretching federal scholarships to the utmost, and other proletarian lost souls have ended up there. It is not my intention to celebrate the ghetto or offer a romantic view of it, for there are many suffering people and recurring socioeconomic problems that should be criticized and addressed. I'd rather fight the idea that these shabby destinations are *non-places*, since this concept can easily serve as an excuse for rulers to intimidate and ride roughshod over people living in slums and occupied pieces of land. Although impermanence and informal solutions are part of everyday dynamics in many of these places, the piercing scents we smell and the loud sounds we hear from grocery store jukeboxes make us realize they also have a way of life which gives them an identity of their own. The highways, hotel rooms and supermarkets that inspired the idea of *non-places* in Marc Augé's essays are very far from these destinations.

Less than a year after taking the reins of the wild horse, Luis Fortuño's administration has put together a reorganization and spatial development policy characterized by two main elements. On the one hand, it intends to eliminate various informal expressions by displacing, relocating and imposing rules – at gunpoint – which have little to do with solving the landless' problems and much to do with the development of a false sense of formality, where gated community plans and zero tolerance proposals win out. On the other hand, it tries to boost the economy through the logic of new construction, urban renovation and growth poles. On paper, these efforts for development seem to be ideal. In practice however, it's a whole other story. Suffice it to remember the dirty trick played by Jorge Santini on the communities of the Martín Peña Canal, the plans for Río 2012, the acts of abuse towards Villas del Sol, Jaime González's "such is life", and last but not least, the proposal to eliminate the Luis Lloréns Torres housing project just like that, in order to build the *Puerto Rico Amusement and Theme Park* under the logic of public-private partnerships.

Rather than a comeback of the Tough-On-Crime or the Operation

Bootstrap eras, it feels like an obvious attempt to redefine the right to the city, that which Henri Lefebvre considered an essential resource: the right to have meeting places where people can enjoy city life and find answers to the State's elitist and anti-urban planning policies. As for the current administration, the redevelopment project stands out for putting an end to certain obstacles and enemies: density, improvised settlements and the most unfortunate (meaning the poor, the immigrants and people with no titles of ownership, those who Cheo Madera considers fleas and leeches). Said in other words, the statehood-for-the-poor discourse is left behind: this is the era of statehood for the less poor.

Presenting sensible proposals to address the problems of places like Río Piedras is not an easy task. Most of the time, revitalizing deteriorated areas requires a cocktail of initiatives: from attracting new capitals and residents to controlling certain land lots in order to develop affordable housing and inclusive zoning. There are no ready-made scripts or quick solutions to these issues. However, something about the Río Piedras case is quite clear: contrary to the opinions of some leaders, plans are totally out of place – at least those characterized by establishing rules, codes, fines, and guidelines on how to organize life in the region.

For many in Puerto Rico, "planning" is something we need, a sort of magic act that will supposedly resolve the chaos we live in, bringing us order, progress, and – why not – a real city. For a long time, it has been fashionable to talk about planning as if it were an accurate exercise in which formulas and quantitative models are developed in order to determine how many houses should be built, which jobs should be created, which streets must be paved and which trees should be planted, among other things. According to the myth, after calculating these numbers we can draft the plan: that huge document containing the maps and guidelines that will make us happy, impose order and promote the advancement of our *gauche divine*. Contrary to what is blatantly commented in Puerto Rico, planning does exist (and quite a lot) on the island. It just so happens that the kind of planning we have promotes the growth of suburbia and highway expansion, while criminalizing certain survival practices. The collection of studies and plans that have been developed since the middle of the 20th century, in

order to bring progress to municipalities and correct the flaws of development models, is kilomeric. From the Laws of the Indies issued by Spanish monarchs to the new Comprehensive Plan for Sustainable Development presented by Luis Fortuño's administration, the history of planning in Puerto Rico has an avalanche of proposals reflecting the wishes and ideologies of past and present administrations.

Some may say there are plenty of plans, but a lack of will, courage, implementation, discipline, and many other things that the collective chatter dominating the country has taken care of beclouding. This argument doesn't convince me either. Despite the fact that the free-for-all motto is part of our public administration tradition, it is even truer that many proposals are carried out without thinking about the consequences or taking into consideration previous achievements. Don't take my word for it. Look out of your apartments' windows and get out of your neighborhoods to check it out. Or even better, go to Río Piedras and walk around Santa Rita, Universidad Avenue and the surroundings of Plaza de la Convalecencia. You will be able to see the scars left behind by a deficient urban stitching.

Some time ago, my Urban Planning students did a short research and discovered the following: at least 5 different codes and regulations govern the development of the historical city center of Río Piedras. In their struggle to establish rules, derive profit from housing developers, screw their political opponents, gain election advantage to run for office, and because of their mere incompetency, mayors – both male and female – and their sidekicks have taken care of overplanning. And who benefits from untimeliness, contradictions and uncertainty? Swindlers, those who know how to navigate across the system with their good lawyers and skillful managers; those who devise a way to develop a walk-up housing project in a street of one story houses because the building code brought by the Urban Train allows it. In its struggle to establish order and quench the believers' thirst, planning has ended up promoting the riot.

Sure enough, not every so-called "planning" practice bears the mark of Cain (or the Estudios Técnicos firm logo) characterizing pro-government efforts. Good plans have been developed at the community level – although some are really shoddy pieces of work – but they

are by far less than they should be, and they still run the same risks of others if they focus more on establishing rules than on rethinking. As can be attested by the Martín Peña Canal community, developing a plan doesn't rectify injustice; sometimes, it just highlights it. The key is not on how much a paper can absorb, but on how much can the community endure. Changing the established spatial order calls for confrontation and getting one's hands dirty, while requiring intellect and sensibility. It is not about organizing a strike and then retreating to see what happens. You need to hand-wrestle for a while, sit at the table with sound ideas, negotiate issues, smell the mayor's stench, claim the right to the city, and even have the courage to say: "No, there's no need for more planning here".

Este artículo fue escrito en el blog, *Trans(actions)*: *Trans(acciones)* el 29 de octubre del 2009 después del altercado violento entre policías y estudiantes en la Avenida Universidad.

This article was written on October 29th, 2009 in the blog, *Trans(actions)*: *Trans(acciones)* after the violent altercation between police and students in the Avenida Universidad.